

MARCHENA

Pronto, ¡por San Millán!
corred á la torre grande
y ved si está allí la presa:

(Vanse algunos.)

rompedme esa puerta aprieta,

(Otros lo hacen.)

y ¡ay de aquel á quien demande
la razón de tal sorpresa!

(Entra en la torrecilla alumbrado por los suyos.)

¡Lucas! Dios santo, ¿qué es esto?

(Le desata el pañuelo rápidamente, otros las ligaduras.)

¿Quién de este modo te ha puesto?

LUCAS

Ellos....., el tullido, Juan,
mi sobrino.

MARCHENA

Y ¿dónde están?

LUCAS

Huyen.



MARCHENA

¡Oh día funesto
para mí! ¡Día temido
con razón!

(Ve el puñal clavado en la mesa, y le toma.)

Mas ¿qué estoy viendo?

¡Su puñal!..... ¡Estoy perdido!

(Uno de los ballesteros, que llega.)

Señor, la presa se ha huido.

MARCHENA

Sí, sí; todo lo comprendo.
Torció de mi suerte el fallo
robándola del castillo,
y ¡ay de mí si no los hallo!
¡Pronto, amigos, á caballo
tras del último Carrillo!

(Marchena va hacia la puerta del castillo, asiendo las llaves que lleva á la cintura como con intención de abrirla. Los ballesteros se dispersan en diferentes direcciones: unos rodean á Marchena; otros siguen á Lucas, que se esfuerza en librarse de su modorra; otros suben á la muralla y cruzan las galerías, formando el cuadro de tumulto y afán que exige la escena.)



ACTO CUARTO

Exterior del antiguo molino de Guadalajara, con parte del puente. Á la derecha, el molino, á cuya puerta se llega por un puenteci lo de madera tan largo como toda la fachada, y suficientemente ancho para que puedan representar sobre él cinco ó seis personas. Detrás de él arranca, extendiéndose de un lado á otro del escenario, el puente de Guadalajara, y por bajo el único ojo que se presentará en escena se verá la ribera opuesta. El piso del teatro es agua.

LUCÍA

Nació en Aragón también,
y en la niñez, nuestro amor.
Su padre era un escudero
de la casa de Villena,
y mi padre, de esta buena
familia, palafrenero.
Mas esta casa, la guerra
como otras mil trastornó,
y mi padre sucumbió
de miseria en esta tierra.
El, aunque pobre y villano,
sirvió á Carrillo de modo,
que parece más en todo,
que su escudero, su hermano.
Y la afición que me tiene
le pago con mi cariño,
pues que le amé desde niño,
á más de que me conviene.

TERESA

Y es ¿cosa de tanto riesgo
ésa en que se ve metido?

LUCÍA

Sin duda; y en mi sentido
va ya tomando tal sesgo,
Teresa, que si pudiera
consistir no más que en mí,
por verlos salvos aquí
un año de vida diera.
Tampoco vienen los otros
aún.....; conque aunque aquí lleguen,
será fuerza que se entreguen.

ESCENA PRIMERA

LUCÍA y TERESA

LUCÍA

¡Jesús, Teresa, qué afán!
Ya el horizonte esclarece
con el alba, y no parece
nadie. ¡Virgen santa! Y Juan,
cuando esta mañana vino,
dijo que si antes del día
arribar hasta el molino
conseguirse no podía,
tal vez no volvieran más
de esta osada expedición,
y me anuncia el corazón
que se ha perdido quizás,
y entonces, ¡pobre de mí!

TERESA

¿Tanto de ese hombre esperáis,
que así su ausencia lloráis?

LUCÍA

¡Ay, Teresa! Lloro, sí;
que huérfana abandonada,
no me resta sombra alguna
si por mi mala fortuna
me veo de él separada.

TERESA

Parece hombre de valor,
y os quiere, sin duda, bien.

¡Ay! ¡Qué va á ser de nosotros!
Mas, ó el crepúsculo escaso
me engaña....., ó estoy segura
que veo por la espesura
un jinete.

TERESA

Y á buen paso.
¡Oh! Sí, sí, por aquel llano
que se forma en la ribera
le veo ahora.....

LUCÍA

Si fuera
él. Pero ¡Dios soberano!
¡Cayó el caballo!
(Ladran dentro perros.)

TERESA

Y le ayuda
inútilmente á moverse.

LUCÍA

Ya se alza. ¡Oh! Vuelve á tenderse;
cedió al cansancio, sin duda.
Ya le deja, y hacia aquí
se dirige.

TERESA

¡Tarfe, chito!
Se acerca. ¡Calla, maldito!

LUCÍA

¡El es, él es! Ya está aquí.

ESCENA II

JUAN, LUCÍA y TERESA.

JUAN

Ata esos perros, Teresa,
ó van ¡voto á Belcebú!
á vendernos.

LUCÍA

¿Eres tú,
Juan?

JUAN

Yo; mas con tanta priesa,
que me creí que volaba.

LUCÍA

¡Qué cansado estás!

JUAN

Rendido:
y aun gracias que así he podido
llegar aquí.

LUCÍA

¡Ay, Juan! Acaba,
por Dios: ¿qué pasa? ¿Dó quedan
esos amigos?

JUAN

Me siguen
de cerca, mas nos persiguen,
y acaso al cansancio cedan
antes de que puedan darles
socorro; mas ¿dónde están
esas gentes?

LUCÍA

¿Cuáles, Juan?

JUAN

Me he adelantado á buscarles
en su auxilio.

LUCÍA

Aun no ha venido
nadie.

JUAN

¡Cómo! Si García
la hora de rayar el día
les dió.

LUCÍA

Pues no han parecido.

JUAN

Y ya el alba está rayando,
¡Dios del cielo!

(Va á salir: Lucía le detiene.)

LUCÍA

¿Adónde vas?

JUAN

A unirme á ellos.

LUCÍA

Y ¿qué harás
con eso?

JUAN

Morir matando
con ellos, ó todos juntos
salvarnos, como es razón.

LUCÍA

¿Tanta es vuestra exposición?

JUAN

Si los cogen, son difuntos.

LUCÍA

Tente, que por la espesura
les veo ya.

JUAN

(Mirando.)

No los hallo.

LUCÍA

Allí, allí; tres á caballo.

JUAN

Sí, sí, ellos son. ¡Oh ventura!
Me habrán, por suerte, seguido
del monte por el atajo,
y aunque con mucho trabajo,
hacerles han conseguido
perder el rastro.

LUCÍA

No sé
cómo entre esos matorrales
pudieron los animales
sacaros salvos.

JUAN

A fe
que no quedan para más

los pobres; que cuatro leguas
que han galopado sin treguas
y sin dejarlos jamás
tomar aliento, es forzoso
que acaben por reventarles.
Aquí están. Voy á ayudarles
á apearse.

LUCÍA

¡Dios piadoso,
cuáles están! Y ¡cuál viene
esa dama! Cuántas penas
sufrido habrán, cuando apenas
sobre el caballo se tiene.
¡Dios nos ampare en tal cuita!

DOÑA JUANA

¡Jesús!

LUCÍA

¡Ay, pobre señora!

ESCENA III

LUCÍA, TERESA y JUAN; PEDRO con D.^a JUANA
en los brazos.

PEDRO

Que repose un poco ahora
es lo que se necesita.

LUCÍA

Aquí sobre este mullido
de los costales.

PEDRO

Esto era
consiguiente: una carrera
como la que hemos traído,
era capaz, de seguro,
de hacer aliento perder
al cabalgador más duro,
cuanto más á una mujer.

JUAN

Aflojarla ese jubón,
que respire con holgorio.

PEDRO
Trae un poco de agua pura;
no es de consideración
el accidente.

LUCÍA
(Con agua.)

Aquí está.

PEDRO
Dame, dame.

LUCÍA
Se ha quedado
como muerta.

PEDRO
No hay cuidado
por esto.

DOÑA JUANA
¡Ay!

PEDRO
Vuelve ya.

DOÑA JUANA
¿Dónde estoy?

PEDRO
Entre leales
amigos.

DOÑA JUANA
¡Ay! Por perdida
me conté. ¡Jesús, qué huida!
¡Qué saltos! ¡Qué matorrales!
Como en sueño delirante,
en confuso remolino
los árboles del camino
me pasaban por delante.
¡Qué yegua!

PEDRO
Á ella, señora,
por su vigor y pujanza,
debéis la poca esperanza
que nos resta por ahora.

DOÑA JUANA
¿Y Marchena?

PEDRO
Aun está lejos,
pues viendo el rastro perdido,
la carretera ha seguido,
porque á los turbios reflejos
del crepúsculo no pudo
ver que el atajo tomamos,
pues fueron los gruesos ramos
á sus ojos nuestro escudo.

JUAN
De los consejos, los que antes
ocurren: si no tomamos
por el monte, no ganamos
ni un pie sobre esos tunantes.

PEDRO
Mas ¿dónde está nuestra gente?

JUAN
Nadie llegó todavía.

PEDRO
¿Esto más?

JUAN
¡Virgen María!
Y ellos infaliblemente
vendrán por este camino.

PEDRO
Sin duda alguna vendrán,
y á fe que no pasarán
sin registrar el molino.
Fuerza es partir al momento.

DOÑA JUANA
Es imposible.

PEDRO
¿Por qué?

DOÑA JUANA
No puedo mover un pie,
y apenas me queda aliento
para hablar.

PEDRO
Tenéis razón;
mas no se dirá de mí
que un solo instante cedí
por falta de corazón.
García....

ESCENA IV

DICHOS Y GARCÍA

A caballo ponte.
Aun puede hacer esa yegua,
sin enfriarla, otra legua.
Corre, pues; cruza ese monte
y subiendo hacia Torija,
con mis jinetes darás
y hasta aquí los guiarás
por la vereda más fija.
Mira: y de paso, del diestro
llévate los tres caballos,
en la espesura á ocultallos,
no marquen el rastro nuestro.
Corre, vuela.

GARCÍA
Al punto voy.
(Vase.)

ESCENA V

JUAN, PEDRO, D.^a JUANA, LUCÍA Y TERESA

PEDRO
Mientras, nos defenderemos
aquí, ó aquí moriremos
como aragoneses, hoy.

DOÑA JUANA
Pedro, ya basta: no más
por mí expongas tu persona,
que si el cielo me abandona....

PEDRO
Yo no he de hacerlo jamás.
He jurado á don Enrique
que á su amor os volvería

ó en la empresa moriría;
y es fuerza que testifique
con mi sangre y con mi aliento,
que si me faltó la suerte,
supe sellar con mi muerte
la fe de mi juramento.
Pero lejos todavía
los de Marchena estarán,
y antes tal vez llegarán
mis jinetes con García.

DOÑA JUANA

Quiéralo Dios, buen Carrillo,
que á salir de otra manera,
nuestra sepultura fuera
ese maldito castillo.

PEDRO
Sí, bien lo podéis decir;
mas porque esto no suceda,
haremos cuanto se pueda
de dos hombres exigir.
Por el pronto, un aposento
tomad, en el cual, señora,
podéis á solas ahora
reponeros un momento.

LUCÍA
Uno sé tan escondido,
que á no echar la casa abajo
les ha de costar trabajo
dar con él.

PEDRO
Pues prevenido
tenle, y servidla entretanto
para mudar ese traje,
indigno de su linaje.

LUCÍA
Yo os daré un sayo y un manto
que, aunque algo burdo y grosero,
limpio y cómodo ha de estar.

DOÑA JUANA
¿Has sido tú la que ayer
á Juan has proporcionado
estas ropas, que han salvado
el honor á una mujer?

LUCÍA

Sí.

DOÑA JUANA

¿Con qué os podré pagar
interés tan verdadero?

PEDRO

Con dejaros llanamente
aconsejar y servir
de quien pronto está á morir
por vos; pero que prudente,
antes de este último trance
intentará cuanto quepa
en hombre que serlo sepa,
cuanto en lo posible alcance.

Conque estaos por ahora
aquí dentro retirada,
que por nosotros guardada
estaréis: y antes, señora,

(La aparta á un lado.)

cuatro palabras me oid,
porque es fuerza que pensemos
que tal vez no nos veremos
mas, si se traba una lid.

DOÑA JUANA

¡Pedro!

PEDRO

No es por ponderaros.....;
mas nacido en Aragón,
hablo con el corazón
siempre, y no puedo engañaros.

DOÑA JUANA

Lo sé; y en tanto que viva
no he de olvidar que tú fuiste
el solo que me seguiste
cuando presa y fugitiva.

PEDRO

Don Enrique vuestro esposo
me dió al partir este anillo,
porque por él de Carrillo
en cualquier lance dudoso
os fiarais: yo ofrecí
devolvérsele con vos,

mas de estar entre los dos,
mejor está en vos que en mí.

(Se le da.)

Tomadle, y si es que volver
lográis á sus Reales brazos
y á mí me hacen hoy pedazos
decidle: Hizo su deber.

DOÑA JUANA

Sí le diré y ¡plegue á Dios,
que nos ayude piadoso
á llegar ante mi esposo
á un mismo tiempo á los dos!
Y entonces verás, Carrillo,
cómo sé darte sin pena
todo el feudo de Villena
en memoria de este anillo.

PEDRO

Id, pues, y rogad por mí
al Soberano Hacedor
para que me dé el valor
que nos hace falta aquí.

(La besa la mano y se va la Condesa con Teresa y Lucía.)

ESCENA VI

PEDRO y JUAN

PEDRO

Juan.....

JUAN

Pedro.....

PEDRO

Viéndolo estás:

nos vuelve el rostro la suerte,
y la hora de la muerte
está sonando quizás.

JUAN

Lo veo: esas esperanzas
con que animarla has querido,
sólo quimeras han sido,
porque tú no las alcanzas.

PEDRO

No, Juan. La gente que traigo,
aunque á don Enrique fiel,

no hará lo que yo por él;
y si entre las manos caigo
de esos traidores contigo,
ellos cumplen con decir
que quién nos mandaba ir
á casa del enemigo.

JUAN

Pues bien; si ellos son capaces
de abandonarnos así,
muramos con honra aquí.

PEDRO

Juan, muy malas cuentas te haces.

JUAN

No te entiendo, Pedro.

PEDRO

Escucha:

dos hombres, por más valientes
que sean, con tantas gentes
no pueden entrar en lucha
sin sucumbir.

JUAN

En buen hora
sucumbamos, ¡vive Dios!

PEDRO

Juan, ¿y para qué los dos?
El paso está franco ahora
de ese puente todavía;
en esa dehesa hay ganado;
toma un potro, y de contado
sálvate tú.

JUAN

Yo creía,
Pedro, que nuestra amistad
estaba más firme en ti.
¿Yo huir dejándote aquí?
¿Lo harías tú?

PEDRO

No, en verdad.

JUAN

Pues yo tampoco. Mi madre
nos dió á ambos á dos el pecho,

y este es un lazo harto estrecho
para que á mí no me cuadre
conservarle bien atado;
y aunque, como tú, no soy
de noble raza, hasta hoy
he ido con honra á tu lado.
La amistad que me dispensas
sin medir nuestros linajes,
hacen míos tus ultrajes
como tuyas mis ofensas.
Y por vengar la traición
que hirió á tu padre y hermanos,
vestí de acero las manos
y de luto el corazón.
Vine á servir á Marchena,
cual sabes, para abrir llana
senda por donde mañana
robárasle á la Villena;
y te serví y te ayudé
con la constante esperanza
de dividir tu venganza.
Y ¿crees que te dejaré
en peligros tan extremos?
No, Pedro, ¡por vida mía!
hemos nacido en un día
y en un día moriremos.

PEDRO

Y ¿quién me vengará á mí
cuando muramos los dos?

JUAN

Pedro, en el cielo hay un Dios,
y Dios es justo.

PEDRO

Sí, sí;

Juan, tienes razón, perdona;
no culpes á mi amistad
de lo que una voluntad
firme y duradera abona.
Por uno te considero
que de los Carrillos resta,
y de su suerte funesta
que participes no quiero.
Harto por ellos hiciste,
Juan, y yo debo pagarte
tus buenos servicios: parte,
pues, á Aragón; tú cumpliste.
Yo no tengo que dejar